

LA DESOCUPACION TECNOLÓGICA

El mundo capitalista se caracteriza, entre otras cosas, por la existencia crónica de la desocupación, en un mundo en que hay tantas cosas que hacer. Un porcentaje razonable de desocupación constituye una reserva de mano de obra e impide que los salarios suban tanto como para afectar el beneficio. En una economía capitalista "sana" debe haber desocupados y debe haber cierta escasez, la necesaria para mantener y aumentar los precios. El sistema ha tenido crisis cíclicas de "sobreproducción", que hasta mediados de este siglo se controlaban todas, pues la caída de los precios llevaba fatalmente a una menor producción, y todo volvía a equilibrarse a costas de la ruina de unas cuantas pequeñas empresas y de un descenso en el nivel de vida de los menos adinerados.

Pero las crisis capitalistas

en el mundo de hoy, altamente tecnificado, están adquiriendo otro carácter y tienden a ser irreversibles. La tecnología ha progresado tanto y tan rápidamente, que ha modificado a fondo el "mercado laboral".

La mano de obra humana está perdiendo importancia económica, especialmente en la esfera más baja e indiferenciada del puro esfuerzo. El factor humano sigue siendo el centro de la producción, pero más como cerebro que crea que como brazo que ejecuta o como actividad subalterna que controla y corrige. El cerebro sigue siendo esclavo del capital, pero se trata de una subordinación consciente, y por lo tanto precaria. Hay quien ha visto al mundo futuro como una especie de feudalismo encabezado por los técnicos. Y se ha llegado a hablar de tecnocracia.

El ser humano es imprevi-

sible y no sabemos cuál será el desenlace —siempre provisional— del lío en que estamos metidos. Nosotros estamos dando impulso en nuestro sentido, mosquitos en el cuerno del buey, esperando que un día los mosquitos sean tantos como para hacer que el buey se encamine por el surco deseado: deseo y esperanza que se basan en el amor, pero que no implican seguridad. El porvenir es el resultado de grandes esfuerzos encontrados y del peso masivo de grandes inercias. Somos responsables por él, aunque nos sea desesperadamente desconocido. Algunas líneas fundamentales, sin embargo, se pueden vislumbrar. Una de las características del futuro cercano, evidentes en los países más avanzados técnicamente, es un proceso irreversible de desocupación creciente, a medida que progresa la robotización.

Cada perfeccionamiento en la técnica se traduce en una disminución del esfuerzo físico y en un aumento del intelectual. Nuestro mundo es cada vez más difícil de entender y de manejar, pero ofrece cada vez mayores espacios para la creación y la aventura. Frente a la rapidez del proceso, tanto los conservadores como los revolucionarios (si esta terminología sigue siendo válida) están perdiendo pie. Las clases dominantes tratan de dirigir esta inmensa transformación adormeciendo y masificando la base social con el consumismo y el fele teatro, cuando no con la droga y la profesionalización del deporte, esforzándose a la vez por mantener a grandes sectores del planeta en la escasez y en la dependencia. Guerras frías y calientes se están alternando; son paliativos que demoran la consecuencia natural del avance tecnológico:

la pérdida de importancia del trabajo manual como factor social. Hasta ahora las grandes mayorías han sido mantenidas a raya por las minorías que monopolizan el poder y el dinero con el chantaje del salario. Pero el aumento masivo de la desocupación, que es difícil seguir demorando, asusta a esas clases, porque constituye una gran incógnita. No hay experiencia al respecto, como no la hay para muchos de los fenómenos sociales del mundo de hoy. Por primera vez, la historia no ofrece asideros para marcar rumbos, ni siquiera en las grandes líneas. El problema agudo se ha desplazado de la producción a la distribución y, como de esta viene

el beneficio, el privilegio y, en parte, el poder, se trata de controlarla manteniéndola lo más posible en los moldes tradicionales, es decir favoreciendo el derroche para crear la escasez.

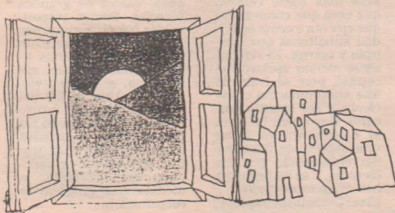
Los revolucionarios, es decir los que se baten por la libertad de todos, la paz verdadera y una mayor justicia, tienen ellos también dificultades para entrar en el siglo XXI con una mentalidad formada en una cultura que lleva aún los moldes del siglo XIX y se ha ido adaptando por parches a la realidad del siglo XX.

La desocupación masiva que se acerca representa para ellos también un desafío, pues está erizada de problemas y peligros.

Hay que establecer de entrada que este fenómeno inédito, a pesar de ser incómodo, es fundamentalmente positivo. Representa para el hombre una conquista sobre las necesidades tradicionales, una liberación de la condena bíblica: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Representa la posibilidad de transformar el trabajo, que era penosa obligación, en un goce de libre creatividad. Pero es a la vez la prueba del fuego de la libertad.

El peligro es tan grande, la sacudida al actual sistema político-económico-social es tan profunda, que es difícil resistir a la tentación de oponerse (aunque con poca posibilidad de éxito) al avance tecnológico. Pero es evidente que este no es el camino, aunque sería el más fácil.

Como al prescindir de una parte —en general, la más pobre, la menos especiali-



zada—de la mano de obra, el empresario no ve disminuir, sino aumentar sus beneficios, la lucha contra los despidos evidentemente debe ser dirigida no contra la robotización, sino hacia el acortamiento progresivo de la jornada laboral. Los sindicatos tendrían aún un gran papel que desempeñar en esta lucha, también porque tendrían que reclamar una intervención en la determinación del rumbo que tiene que tomar en cada caso la investigación tecnológica. La tecnología del mundo nuevo no es la misma que necesitan las multinacionales, no es la misma que necesitan las grandes potencias para su industria de armamentos.

La conquista del tiempo libre por las grandes mayorías significa para el capitalismo no tanto una pérdida de beneficio como una pérdida de dominio. No es lo mismo tener, para formarse e informarse, una o dos horas diarias entre el trabajo y el sueño, en estado de cansancio, o la mayor parte del día, con libertad para dosificar el estudio, la cultura física, la creación individual y la diversión. Esa muchedumbre, que deja de ser masa, es mucho más difícil de controlar. Ese es el gran miedo de gobernantes, empresarios... y dirigentes sindicales y de partidos.

La conquista del tiempo libre puede ser una conquista de libertad. Pero solo puede ser. Se trata de una posibilidad que hay que saber aprovechar, de un desafío profundo, en lo individual y en lo social. La libre decisión de cada uno en las situaciones límites que se acercan, puede ofrecer inmensos

peligros: la libertad, se sabe, es riesgosa.

Si elegimos la droga, el entorpecimiento mental frente a una pantalla televisiva, la burocratización de las relaciones sociales, elegimos permanecer en la dependencia. Debemos prepararnos para la autogestión de este mundo nuevo que ya nos está invadiendo, organizar, desde adentro y desde afuera de las instituciones de enseñanza, la educación permanente, transformar los sindicatos en instrumentos de capacitación y, eventualmente, de cooperativización, susceptibles de asimilar el progreso tecnológico y de luchar para que sea aprovechado

en beneficio de todos, dar a las cooperativas la conciencia de su función social en el trance del cambio, conseguir que las Universidades inviertan al servicio de la sociedad y no del capital y del ejército, bregar para que cada adelanto técnico se traduzca no en la desocupación de una parte de la mano de obra respectiva, sino en un aumento del tiempo libre para toda ella.

A fines del siglo pasado, las perspectivas eran muy distintas. En América Latina y, en general, en los países pobres, todavía no se siente la diferencia, pues el gran cambio está en sus comienzos. Pero no podemos pensar nuestra lucha en los mismos términos de entonces, pues el ritmo de las transformaciones es rápido. Y de nuestra preparación para afrontarlo depende el que no nos veamos arrollados y anulados.

L.F.

